

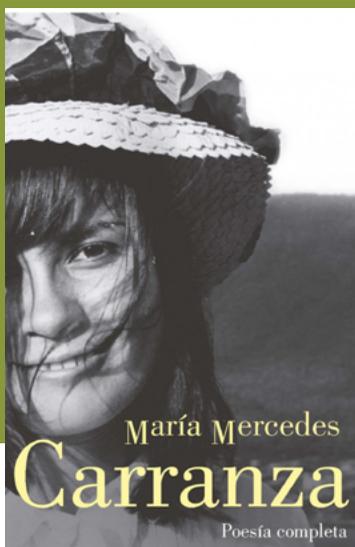
ISSN: 0120-5587

E-ISSN: 2422 3174

ENERO-JUNIO

EDICIÓN
87
2025

REVISTA
**Lingüística
Literatura**



El recuerdo no es un mueble viejo

DOI: <https://doi.org/10.17533/udea.lyl.n87a18>

Julián Laverde Restrepo

Universidad de Antioquia

julian.laverder@udea.edu.co

*Porque no pienso repetir
esa sensación
de estar
junto a vos
cuando no es así
desde hace tanto tiempo*

(Caminos de Ambulancia, 2024, 1 m 11 s)

En un hotel de Leningrado, o quizás en la Casa de Poesía Silva, María Mercedes Carranza escribe sobre una estatua de Pushkin ubicada en un jardín nevado. Trémula, se cuestiona si realmente la presencié o fue tan solo un sueño. Casi cuarenta años después, sentado en el fondo de un bar, escucho a través de unos altavoces deficientes el bolero *Hola, Soledad*. Con él me llega el recuerdo de la autora bogotana y, a la vez, del poemario que tituló con el mismo nombre de la canción.

Recibida: 11/10/2024

Aprobada: 31/10/2024

Publicada: 01/01/2025

Hola, Soledad de la poeta María Mercedes Carranza fue publicado por primera vez por la editorial Oveja Negra en 1987. Su proceso creativo tardó dos años, un hito no solo para Carranza —pues, como afirma Sánchez (2018, p. 9), otras obras tardaron entre cinco a once años—, sino también para la composición de un conjunto de poemas tan coherentes y precisos. En cuanto a los temas abordados, podemos resumirlos en: «recuerdos, nostalgias, noches y deseos, ruinas y fracasos, y vida y muerte» (Revista Semana, 1998). Todos ellos vistos a través de una escritura íntima y cotidiana que nos conduce por habitaciones llenas de fantasmas y memorias imprecisas.

Ya desde la entrada, el libro nos deja saber nuestra posición de privilegio: gozamos de un pase, una «Tarjeta de visita» —título del primer poema— que nos avala como observadores autorizados de las experiencias allí contadas (Sánchez, 2018, p. 12). La puerta de la casa se abre y no nos queda más remedio que entrar. A medida que leemos, entendemos a qué hemos ido. Somos parte de una evocación, de un nuevo recorrido por un oscuro y degradado lugar: sus remembranzas. En tan solo cinco estrofas, el texto inicial condensa los motivos e imágenes de los poemas siguientes —básicamente, los temas mencionados en el párrafo anterior y algunos elementos que abordaremos más adelante—. Por ello, podemos afirmar que no solo es el tiquete de entrada, sino también el programa de mano de la obra que estamos por apreciar.

Respecto a la memoria —quizás la espina dorsal de *Hola, Soledad*— dice el biólogo Pedro Bekinschtein (como se citó en Toledo y Spiga, 2019) que «los recuerdos son inexactos y se van actualizando según la experiencia y las creencias de cómo funciona el mundo. Por eso la memoria es una mentira piadosa». En iguales términos, María Mercedes Carranza, en «Preguntas a un recuerdo», nos dice que: «el recuerdo tiene vida / respira, busca, interroga, acecha. / Recoge cosas por el camino / inventa calles y palabras» (2021, p. 98). De ello, deducimos que los recuerdos presentados en el libro han sufrido también esa constante actualización a raíz de las experiencias posteriores. La memoria inventó calles y palabras, trajo nombres e imágenes inconexas; es un ente vivo cuyo engaño se ha adaptado, convenientemente, a las necesidades más inmediatas. El yo lírico, por lo tanto, se ve arrojado a dicotomías: saber y no saber qué ocurrió; deducir cuál es la ficción y cuál la realidad.

El recuerdo se ha deformado con el pasar del tiempo, ahora es un palimpsesto constituido por las múltiples capas de polvo producto de los años. Cada vez que se pensó en ellos, los eventos mutaron de

tal forma que hoy solo quedan bifurcaciones: «A veces, creo que se rozaron los cuerpos mojados, / a veces, veo solo / caer la nieve sobre la cara metálica del Pushkin solitario / que vive su eternidad en un jardín cercano» (Carranza, 2021, pp. 98-99) confiesa en el mismo poema. Más que respuestas, la memoria es un campo de dudas: ¿estaba acompañada o me hallaba en soledad? ¿Nos bañamos juntos o no? ¿Por lo menos estuve allí? Leningrado, hoy San Petersburgo, es un cuadro borroso, apenas una posibilidad. Desesperada, quien escribe se aferra a la imagen del Pushkin como una especie de certeza: a fin de cuentas, una estatua de metal (o cobre) subsiste más allá del mutable recuerdo, a la vez que valida su acontecer.

En efecto, los temas del engaño, de lo irreal, son recurrentes. La pluma es insegura y se cuestiona cada tanto la veracidad del acontecimiento, así como los pormenores que lo rodean. Una vez más, las opciones son múltiples y no hay forma precisa de saber cuál es la versión más fidedigna —incluso el aroma de un jabón puede ser motivo de dudas—. Sánchez (2018) afirma que, en el poemario, esa lucha con el pasado «altera la manera de ver del yo poético porque lo distancia del objeto que contempla, y lo metamorfosea en un tránsito que va y viene entre la lucidez y el engaño, es decir, entre el recuerdo y el olvido» y acto seguido expresa que «los objetos que se observan son espejismos del pasado que agrietan el presente, son vehículos a otra dimensión» (p. 16). Mientras más tiempo pasa, más capas se suman y, por ende, más difícil es obtener una representación fiel de lo ocurrido.

Por lo expuesto anteriormente, vale la pena detenerse en los siguientes fragmentos, organizados según el orden del libro, con el fin de estudiarlos: en «Poema para el amante», encontramos los versos: «déjame pedirte que el engaño, / el dulce engaño de ser tú y yo dure / el vasto tiempo de este instante» (p. 86). A través de ellos, se nos revela la poca fiabilidad de la relación, así como su condición efímera, un asunto al cual se retornará en otros momentos de la antología. Entonces, empiezan las dudas, como se puede ver en «Hoy, 13 de mayo de 1985»: «llega tu voz por el teléfono, / la oigo a mi lado en la cama: / sensación o engaño o sombra», «el escenario falso en el que esto ocurre» (p. 87). Leemos de forma clara la incertidumbre de aquello que acontece o no. Ya hay consciencia del engaño, del falso escenario que se ha apoderado del recuerdo e incluso de las experiencias que acontecen en tiempo presente.

En «Poema del desamor» hallamos una postura distinta, derrotista incluso, que emerge de un yo lírico que se ha rendido y ahora se decanta por la imposibilidad, por la ensoñación de quien no vino, no viene o no vendrá: «Días perdidos en oficios de la imaginación / Como las cartas mentales al amanecer / O el recuerdo preciso y casi cierto / De encuentros en duermevela que fueron con nadie» (p. 92). El derrotismo se evidencia en el juego de encontrarse con nadie, antes un alguien, una voz, y en la escritura de las cartas mentales al amanecer —lo que nunca se dijo—. Sus rumiaciones han llegado al punto de consumir no solamente horas, sino también días, lo cual deviene en hastío. Al final, el estado de confusión se vuelve hábito, como se puede ver en «Preguntas a un recuerdo»: «Recuerdo y no recuerdo, tropiezo entre la lucidez y el engaño, / entre unas paredes irreales y el olor almendrado del jabón» (p. 98).

Siguiendo la misma línea, podríamos sugerir una interpretación de la obra con base en el prólogo realizado por Antonio Caballero para *Una generación desencantada: 7 poetas de los años Setenta*, un libro escrito por el autor y también poeta Harold Alvarado Tenorio (1985). Dice Caballero sobre la generación desencantada, en la cual ha sido incluida María Mercedes Carranza, que su mayor temor era:

el temor a ser engañados; y la sospecha, casi la convicción —más inteligente que poética, más del saber que del sentir— de que durante toda su vida han querido engañarlos; y la resignación —a veces— ante ese engaño sufrido, consentido (p. 4).

Podemos leer la desconfianza en dos vías: por un lado, aquello que puede leerse en el texto «La patria» (Carranza, 2021, p. 80), en el cual se cuestiona la identidad nacional en tiempos de profunda violencia y aquella idea de un paraíso ensoñado cuya imposibilidad genera esa sensación; por otro lado, una lucha contra las aspiraciones y búsquedas subjetivas, un engaño en lo privado. Querer aquello que no se tiene y modificar lo ocurrido a voluntad.

Bekinschtein (como se citó en Toledo y Spiga, 2019) habla de los olvidos voluntarios, a los cuales llama olvidos motivados u olvidos dirigidos, los cuales se emplean de manera intencional con el fin de resguardar la propia integridad. Estos consisten en «ejercicios de pensamiento en blanco, de reconfiguración de la imagen, estrategias del no pensar», cuyas consecuencias son «un recuerdo menos evocable». El olvido, por lo tanto, se transforma en un arma de doble filo, cuyo lado negativo ya hemos visto en *Hola, Soledad*, a través de un yo lírico

dubitativo y poco fiable. Sin embargo, también permite transitar por experiencias traumáticas de manera más afable —otra de las posibles lecturas del texto de Mercedes Carranza—.

Ante la imprecisión del recuerdo, no nos queda sino la invención. Aun cuando ocurre por fuera de la esfera literaria, el acto de olvidar a voluntad encuentra mayores licencias en la creación poética. El ejercicio le sirve para rellenar los vacíos que ha dejado el paso del tiempo. Es lo que no fue, ni es, ni será, ahora cristalizado en la remembranza, aunque defectuosamente. En el caso de *Hola, Soledad*, el acto evocativo implica la reescritura de un significante alejado en extremo de su referente.

Durante una entrevista con el programa *Atemporal* con Andrés Acevedo (2023, 24 m 09 s), Carolina Sanín comentaba que, para ella, el brazo era el puente a través del cual se forma la oración —cuyo fin se encuentra en la mano—. En el caso de María Mercedes Carranza, el fin ocurre cuando el verso alcanza la «mano nerviosa y pequeña que todos ven» y que «ha mentido en salones y calles» (Carranza, 2021, p. 85; poema «Esta mano que todos ven»), dispuesta a emplear la poesía como extensión del engaño. La memoria es una mentira piadosa, pero también un lienzo en blanco. No debemos creer a plenitud lo dicho. La pluma nos ha mentido. Estamos obligados a elaborar nuestra propia visión y tomar decisiones con el fin de edificar un sentido, nuestro sentido del poemario.

El foco está, por ende, en asuntos de por sí nebulosos, pero que ahora se vuelven todavía más espesos gracias a los juegos literarios. Al mismo tiempo, María Mercedes Carranza coquetea con motivos comunes, casi podríamos entenderlos como *leitmotivs*: recordamos una silla que recibe la luz oblicua de la tarde; un jabón frotado sobre el cuerpo —a los diez años y en la adultez—, la luz sucia, el sofá, el mueble, la voz que trae el teléfono y las cenizas y el polvo que serán barridos.

La intención es anclarse a aquello de lo cual sí se tiene certeza y emplearlo como hilo conductor. Así, por ejemplo, la silla que recibe la luz oblicua se encuentra en «Tarjeta de visita» y «Canción de domingo»; el jabón frotado sobre el cuerpo en «Tarjeta de visita» y «Preguntas a un recuerdo»; la luz sucia en «Hoy, 13 de mayo de 1985» y «Poema del desamor»; el sofá y el mueble en «Juventud, bien ida seas», «Cuando escribo, sentada en el sofá», «El corazón», «Oda al amor» y «Preguntas a un recuerdo»; la voz que trae el teléfono en «El olvido», «Hoy, 13 de mayo de 1985» y «Poema para el amante»; la ceniza en «La patria» y «El corazón»; el polvo en «El corazón», «Maldición» y «Preguntas a un recuerdo».

La escritora bogotana acude a estos fragmentos. Se detiene a observarlos, como quien retorna a un hogar vacío y no le quedan más que ecos del ayer: la silla que recibe la luz oblicua puede referir a un momento particular; quizás el ocaso en el cual ese ser amado se posó sobre la misma. Cada *leitmotiv* podría reemplazarse por una polaroid en la cual capturamos el punto exacto en que ocurrió —o fue construido— dicho acontecimiento. La tarjeta de visita que nos fue otorgada ahora toma otro matiz: nos sentamos con el yo lírico y observamos el álbum de sus memorias. A cada cambio de página nos cuenta lo ocurrido, nos abre el baúl de sus emociones, convertidas en versos.

Los compases del bolero alcanzan el clímax: «Soledad, yo soy tu amigo / ven, que vamos a charlar» (Laserie, 1972). Con una miopía que disimulan los lentes, los míos y los de María Mercedes Carranza, observo los versos del poemario e indago en sus razones, en los sucesos que llevaron a su escritura. No tengo más que mi intuición. Palpo este sofá viejo color azul menta, al cual no creo que le hayan pasado un trapo húmedo (Carranza, 2021, p. 98; poema «Preguntas a un recuerdo»), y vuelvo atrás. Todo en este poemario se construye de nostalgia, agonía, perecer y tristeza. ¿Qué otra opción nos queda? Basta leer el poema «Oración» (Carranza, p. 94) para entender una respuesta, quizás aún menos amena, al devenir de nuestro lamento: la muerte, el último de los olvidos.

Hola, Soledad se publicó en un contexto profundamente violento, cuando la vida misma pendía de un hilo —uso el pasado, como si pudiera decirse que algo ha cambiado en Colombia—. La tierra que cae sobre todos nuestros atributos parece ser la esperanza, lo seguro. De allí que, a la desconfianza y la sensación de desengaño —acorde a la generación desencantada— podamos sumar la imposibilidad de ver hacia afuera. Por ello, como dice en «Cuando escribo, sentada en el sofá», la autora se vuelca hacia el interior, en tanto la ventana trae «un paisaje destruido» (Carranza, 2021, p. 100). Nos han dado las llaves de una casa decimonónica para resguardarnos del diluvio de la barbarie, mientras declina el día. Quizá nunca logremos salir.

Tras cerrar el libro solo tengo dudas. Sí, la memoria es una mentira piadosa, pero es lo único a lo cual podemos aferrarnos, nuestra vía más próxima al ayer y a sus fantasmas. La casa que ahora abandonamos está llena de ellos: manos que se posaron en los enseres, risas que reverberaron siglos atrás, sonrisas ensayadas grabadas en el espejo o los acordes que aún resuenan en el piano «Pleyel» (Carranza,

2021, p. 97; poema «¡Oh, dulces prendas!»). Son huellas y cicatrices que se han impregnado en nuestra piel, lamentos vividos siglos y siglos atrás por las generaciones que nos preceden.

«Porque no pienso repetir / esa sensación / de estar / junto a vos / cuando no es así / desde hace tanto tiempo» (Caminos de Ambulancia, 2024, 1 m 11 s), clama una voz desde el parlante. En seis versos resume el deseo de no querer estancarnos en el bucle de cavilaciones que han terminado deformando nuestros recuerdos. Nos encontramos con la imposibilidad de alcanzar el olvido. En cambio, tenemos que detenernos una y otra vez en la tortuosa y lenta mirada sobre el terreno muerto de las remembranzas (Carranza, 2021, p. 93; poema «El olvido»). Presenciamos ese lugar en el que nadie, ni siquiera la poeta, quisiera estar: aquel en el cual nos sentamos a esperar lo que nunca llegará. Un cuerpo que no duerme a nuestro lado, un aroma que no volveremos a gozar, las palabras que nunca más se pronunciarán, las llamadas que no tendremos de nuevo. Mientras tanto, debemos falsear las visiones, enfrentar nuestros fantasmas y aguardar el día en el que no tengamos que repetir las sensaciones que alguna vez fueron placer y hoy son recuerdo.

En resumen, el libro está compuesto de diecinueve poemas con rima mayoritariamente blanca, cuyos temas no son patrióticos — salvo el poema «La patria»— ni heroicos, ni míticos, sino cotidianos, como lo exige el contexto. El lenguaje empleado es directo, sin rodeos ni filigranas. De ese modo, aborda el miedo a la muerte, la soledad, el desamor, la desesperanza, el olvido y, sobre todo, la incertidumbre de aceptar que «el recuerdo no es un mueble viejo / que se mira a veces al pasar, / se roza de cuando en cuando / y se le limpia el polvo alguna tarde» (Carranza, 2021, p. 98; poema «Preguntas a un recuerdo»). Sobre eso escribo yo, sentado en el sofá, al fondo de un bar.

Referencias

- Atemporal con Andrés Acevedo. (12 de abril de 2023). #77 - Carolina Sanín - Pensar, escribir, y la mente medieval [Archivo de video]. Youtube. <https://www.youtube.com/watch?v=rLhHMDbEsb4>
- Alvarado Tenorio, H. (prólogo de Caballero, A.). (1985). *Una generación desencantada (7 poetas de los años Setenta)*. Universidad Nacional de Colombia. https://www.haroldalvaradotenorio.com/libroshat/Una_generacion_desencantada_edicionoriginal.pdf
- Caminos de Ambulancia. (2024). Olvido recordar [Canción]. En *Inicio de Obra*. ONErpm.
- Carranza, M. (2021). *Poesía completa*. Lumen.
- Laserie, R. (1972). Hola, Soledad [Canción]. En *El Rey Guapachoso*. Discos Musart.
- Revista Semana. (17 de enero de 1988). “HOLA, SOLEDAD” O la madurez de María Mercedes Carranza. <https://www.semana.com/cultura/articulo/hola-soledad/9827-3/>
- Sánchez, A. (2018). *Habitar, recorrer, observar. Una lectura de Hola, soledad desde el archivo de María Mercedes Carranza* [Tesis de pregrado, Universidad de los Andes]. Repositorio Institucional Séneca. <http://hdl.handle.net/1992/38829>
- Toledo, L. y Spiga, C. (febrero de 2019). La memoria, una mentira piadosa. *El Universitario*. <https://eluniversitario.unnoba.edu.ar/2019/02/07/memoria-que-olvida/>